

siguió a la crisis petrolera hasta la desestructuración de la sociedad industrial y la virtual desaparición de la clase obrera como "sujeto revolucionario".

De esta última parte de la historia también habla Pancho Aricó en *La cola del diablo*. Pancho murió hace tres años, y al recordarlo —releyendo este libro— nos damos cuenta que él fue un gran gramsciano hasta el fin, que la imagen del gran pensador sardo lo acompañó durante treinta años, como la "sombra al cuerpo" (dice en el prólogo), que vivió la política —como

decía Gramsci— "como el paso de un momento egoístico-pasional a otro ético-político". Y la última frase de su dedicatoria, cuando decía que "tal vez tengamos menos ilusiones, pero no se puede negar que hemos aprendido", tal vez pueda ser leída a la par de aquella de Gramsci, que decía los hombres deben asumir su compromiso con la historia y con la vida "con el pesimismo de la conciencia y el optimismo de la voluntad". ■

Julio César Moreno

Alejandro Agustín Lanusse, *Confesiones de un general*

Editorial Planeta, Buenos Aires 1993. 291 págs.

Alejandro Agustín Lanusse, luego de completar su carrera militar alcanzando el grado máximo de teniente general, fue Presidente de facto de la República Argentina entre el 23 de marzo de 1971 y el 25 de mayo de 1973, fecha en que le entregó el mando al Doctor Héctor J. Cámpora, elegido por el voto popular en representación del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). El principal integrante de dicho Frente fue el Partido Justicialista, que recién después de casi dieciocho años de proscripción pudo participar en una elección presidencial.

Lanusse fue el último Presidente de la autollamada "Revolución Argentina" encabezada por el general Juan Carlos Onganía, quien el 28 de junio de 1966 derrocó al gobierno constitucional del Dr. Arturo Illia y gobernó el país hasta mediados de 1970, fecha en que asumió la Presidencia el general Roberto Marcelo Levingston.

Confesiones de un General es el tercero de los libros escritos por Lanusse, y en cier-

ta manera viene a complementar los dos anteriores: el primero, *Mi Testimonio*, fue escrito en el año 1977 cuando el terrorismo de estado se encontraba aún en pleno apogeo, y por la posición crítica del autor hacia la violencia ejercida por el Gobierno, fue catalogado por diversos autores como una crónica heroica; el segundo, *Protagonista y Testigo*, fue publicado en 1988 y concebido por el mismo autor como una explicación de sus convicciones democráticas, tema que —reconoció— debió haber sido incluido en el primer trabajo.

Decíamos que *Confesiones de un General* complementa los dos libros anteriores porque el periodo histórico que abarca —los últimos cincuenta años de vida política del país— es prácticamente el mismo, sólo que esta vez el carácter del relato no se ocupa tanto del desarrollo de los hechos, como de la ubicación del autor en cada uno de ellos, llegando en muchos casos a plantearse posiciones de auténtica autocrítica, como cuando al final del libro reconoce que los

militares "Hemos fracasado fuera de nuestras tareas específicas, y de nada serviría mentir sobre eso; como una consecuencia más de este fracaso, perdimos también una guerra (Malvinas). No es tan extraño que ahora nos sintamos solos", (págs. 289/290).

En importantes temas realiza algunas "confesiones" que a nuestro juicio adquieren gran valor heurístico a la hora de profundizar en el análisis y la interpretación de la historia política del país. Apoyado en su sinceridad y en que a su juicio "la gran reconciliación entre los argentinos, peronistas y no peronistas de los más diversos matices, será definitivamente imposible si dejamos de expresar todo lo que sentimos" (pág. 127); acepta, por ejemplo, que el reconocimiento de millones de personas hacia las figuras de Perón y Evita le producía y aún le produce "cierta recóndita envidia" (pág. 122), o que él "no hubiera podido ser como Perón, aunque hubiera querido..." (pág. 135), o cuando reconoce que se opuso a Perón desde el primer momento "casi por instinto" (pág. 111) y que "jamás pudo desprenderse del fantasma de Perón" (pág. 117).

Por otra parte el libro de Lanusse, que contó con la ayuda de su amigo el periodista Rodolfo Pandolfi, tiene también un carácter autobiográfico, que adquiere importancia a la hora de realizar una reconstrucción de los hechos vista desde los mismos protagonistas, más aún si se considera la escasa producción de este tipo de relatos en el país.

Para referirnos al contenido específico del libro, digamos primero que el mismo está dividido en siete capítulos; más un *intermezzo* donde la señora María Bell de Lanusse, esposa del general Lanusse, realiza un pequeño testimonio sobre la relación familiar y fundamentalmente sobre el sufrimiento que significaron los años de la segunda

cárcel de su marido, quien fue privado de la libertad por participar en un intento de golpe en contra del Presidente Perón en setiembre de 1951.

Los tres primeros capítulos están centrados en cuestiones familiares, religiosas y en el aprendizaje que según el autor significó para él el sufrimiento y el dolor, tanto por la muerte de personas cercanas —entre las que se destacan dos de sus siete hijos—, como por los tres periodos de cárceles que debió padecer y las consecuencias físicas que ello le trajo. Ocupa un lugar destacado en estos primeros capítulos la relación con su padre, a quien considera como su consejero y el más importante modelo que tuvo en su vida, y el redescubrimiento de Dios que realizó principalmente en la cárcel a la que llama "la desventura que me acercó a Dios" (pág. 23). En realidad esta primera parte pareciera más bien una revisión y balance que el autor, a los 74 años, realiza de su vida.

A partir del *capítulo cuarto* comienza la parte más sustancial del libro referida a la relación entre Lanusse y Perón. El primero reconoce que cuando asumió el gobierno, "la pretensión fundacional de la llamada Revolución Argentina estaba agotada" (pág. 105), no sólo por la crisis social existente, sino por la imposibilidad de una salida política que ignorara la existencia del peronismo, por cuanto había fracasado la pretensión de dejar fuera del sistema político a éste y a su líder.

Se desarrolla en este capítulo la visión que el autor tiene del peronismo, de Perón y también de Eva Duarte de Perón. Lanusse acepta y reconoce que "Perón forma parte de mi vida, casi desde siempre, como una obsesión. Y, cuando llegué al gobierno, intenté crear una alternativa al movimiento justicialista y a su líder: éramos, entonces, los dos polos de atracción que se repelían

y, de alguna manera, también se habían comenzado a necesitar" (pág. 107).

Con el tema de la alternativa que Lanusse pretendía crear, ya entramos en el *capítulo quinto*, donde desarrolla su idea de concretar el Gran Acuerdo Nacional (GAN); el que se vio frustrado, según su propia visión, sobre todo a partir del retorno de Perón al país en noviembre de 1972 y la conformación de "La Hora del Pueblo", que tuvo en el líder peronista y en Ricardo Balbín, líder de la Unión Cívica Radical, a los dos principales impulsores.

En el agrupamiento de La Hora del Pueblo, además del peronismo y el radicalismo, participaron también la mayoría de los partidos políticos, y a partir de allí el gobierno de Lanusse perdió la iniciativa política y la posibilidad de realizar una transición hacia la democracia controlada por los militares.

También aquí Lanusse se refiere a su célebre discurso del 27 de julio de 1972, donde intentó polarizar a la sociedad argentina a partir de señalar que a Perón "no le da el cuero", para retornar al país y encabezar a su movimiento político. Su tesis era que Perón prefería continuar en su posición de "mito distante" y él quería sacarlo de ese lugar, obligarlo a definirse y así quitarle el argumento de que no volvía porque no se lo permitían. Esta posición le trajo innumerables críticas entre sus propios camaradas de armas, que no querían ofrecerle a Perón la posibilidad del retorno; finalmente Lanusse reconoció que "esperaba un eco menor para su retorno" (pág. 185).

El final del capítulo está referido al "último Perón", quien se hizo cargo del gobierno el 12 de octubre de 1973 y que, consciente de que su estado de salud no era bueno, al escoger a su esposa Isabel como su candidata a vicepresidente de la República, en realidad eligió a su "consejero predilecto, José López Rega, (como) el verdade-

ro heredero" (pág. 195). De esta manera Lanusse pone en tela de juicio aquella famosa frase de Perón, que hacía mención a que su único heredero era el pueblo.

En el *capítulo sexto*, el ex presidente se ocupa de algunos aspectos claves de su gestión de gobierno, como por ejemplo el lugar de la Secretaría General, que era la encargada de hacerle un seguimiento de cerca absolutamente a todos los expedientes, además de asegurarse que en cada tema se acompañaran los puntos de vista de los diferentes sectores afectados, para que el Presidente o en su defecto la Junta Militar, pudieran conocerlos antes de tomar una decisión. Por otra parte, reconoce que si bien en su gobierno se trató de escuchar a la ciudadanía, los militares no tienen preparación para ser gobernantes ya que por su propia formación les "resulta difícil comprender la vida política" (pág. 230). En este sentido señala que "los militares fuimos educados para ser inexorables, y el arte del gobierno tiene mucho más que ver con la comprensión que con el aniquilamiento, con la negociación de los puntos en conflicto que con la desaparición de los adversarios" (pág. 231). Admite entonces que el sistema político que debe gobernar el país es la democracia y no las dictaduras militares, pero señala también que no solamente las Fuerzas Armadas fueron responsables de la quiebra del orden constitucional, sino que desde la sociedad civil también se apoyaron y promovieron los golpes de estado.

El *último capítulo* comienza con una breve descripción del contexto internacional de la época del gobierno de Onganía, es decir la profundización de la Guerra Fría y en particular los enfrentamientos armados en los llamados países del Tercer Mundo. Según Lanusse, su antecesor el general Onganía, no comprendió en forma correcta este nuevo escenario mundial y ello lo llevó a

no darse cuenta de que "alentar tendencias proclives a una 'revolución antiimperialista' levaba a jugar con fuego" (pág. 244); por ejemplo, la implementación de las famosas 'cátedras nacionales' en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Tampoco desde el gobierno tenían una visión correcta de quiénes eran los grupos guerrilleros que comenzaron a actuar en el país; "existía una percepción tan pobre como esquemática de los adversarios" (pág. 247), ya que los imaginaban como subversivos marxistas y barbudos al estilo de la revolución cubana o argelina, sin comprender que la situación era bastante más compleja, que existían, por ejemplo, importantes influencias del catolicismo y del nacionalismo que llevaron a gran cantidad de jóvenes a optar por la violencia para enfrentar al imperialismo norteamericano y a sus mandatarios argentinos.

Se ocupa también del asesinato del general Aramburu, que sirvió para que los Montoneros realizaran su carta de presentación, y posiblemente para evitar una salida pseudodemocrática encabezada por el mismo Aramburu, quien aparentemente estaba dispuesto a derrocar al alicaído Onganía.

Por último, el autor realiza algunos comentarios sobre la forma en que su gobierno enfrentó a la guerrilla, y emplea el término de "guerra limpia", en obvia alusión y contraposición a la "guerra sucia" del general Videla y compañía. Para ello se basa en que la misma se llevó a cabo mediante el imperio de la ley (ley número 19.053 del 28 de mayo de 1971) y el control de la Cámara Federal; y en que, a diferencia de los años del "Proceso", "la gente que no tenía nada que ver tampoco tenía nada que temer" (pág. 263). Afirmaciones que por cierto pueden o no ser compartidas, ya que si bien al comparar la época de Lanusse con la de Videla, seguramente estaremos de acuerdo en reconocer que la segunda alcanzó una magnitud de violación a los derechos humanos que no tienen parangón con la primera, no debemos olvidar que durante el gobierno de Lanusse también ocurrieron episodios donde el derecho a la vida fue dejado de lado, por ejemplo en la muerte de los presos del penal de Trelew el 22 de agosto de 1972. ■

José Luis Vottero

Hugo Quiroga, *El tiempo del "proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983.*

Ed. Fundación Ross, Santa Fe, 1994, 493 págs.

En 1979 un politólogo rosarino, Hugo Quiroga, emprendió bajo la dirección de Alain Rouquié en la Universidad de la Sorbonne Nouvelle, una tarea tan fascinante como difícil: el estudio de las relaciones entre el régimen militar y los líderes políticos argentinos desde una perspectiva que combinaba enfoques de teoría política e historia. Esta labor, continuada luego en Argentina con la dirección de Juan

Carlos Portantiero, dio sus frutos con la reciente publicación de *El tiempo del proceso*. Libro voluminoso (casi quinientas páginas), pero de fácil lectura por la agilidad de su estilo narrativo, constituye la primera investigación de largo aliento sobre ese periodo y, posiblemente, la piedra basal de los futuros estudios sobre el tema.

El autor ofrece una reconstrucción histórica sustentada en un entramado de hipóte-